

Vigesimotercer domingo después de la Trinidad

Filipenses 3:17-21

“Hermanos, sed imitadores de mí y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros, porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo. El fin de ellos será la perdición. Su dios es el vientre, su gloria es aquello que debería avergonzarlos, y solo piensan en lo terrenal. Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.”

1. San Pablo alaba altamente a los filipenses porque comenzaron bien con el santo evangelio y demostraron con sus frutos de fe que estaban en serio con él. Por tanto, se preocupa diligente y sinceramente para que se queden firmes, no engañados ni llevados al error por los predicadores falsos de los judíos itinerantes. En ese tiempo, muchos viajaban aquí y allá y desviaban a los que Pablo había ganado. Insistían en que ellos enseñaban mucho mejor, pero realmente alejaban a las personas de Cristo para devolverlas a la ley, para confirmar y extender su judaísmo.

Porque San Pablo tiene gozo y deleite especial en esta iglesia, su preocupación paternal es que no de alguna forma sean engañados por esta gente, de modo que les exhorta a quedarse firmes en lo que han recibido. No deben buscar otra cosa ni imaginar (como los espíritus seguros, arrogantes engañados por el diablo) que ya lo han obtenido y se han hecho maestros en todas las cosas, porque dice de sí mismo (justo antes de estas palabras) que él todavía no lo ha alcanzado.

2. Especialmente les amonesta a imitarlo a él y mantener los ojos en los predicadores que viven de esta forma y se adhieren al modelo (de enseñanza y de vida) que han visto y oído de él. Como ejemplo para ellos, señala no solo su propia persona sino también los que son como él en este camino de vida, algunos de los cuales nombra en esta epístola. Deben haber sido personas especialmente excelentes aquellas de quienes les dice que deben mantener sus ojos en ellas y seguirlas. Este modelo, sin embargo, se refiere principalmente a la enseñanza, con que se trata principalmente, de modo que tanto el oficio de la predicación se quede puro y ellos permanezcan en la verdadera fe. Cuando estas dos cosas son correctas, luego la enseñanza y el resultado de las obras después también pueden ser correctos. Después, les da esta exhortación: “si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8).

3. Ahora, San Pablo es al mismo tiempo un hombre vehemente, puesto que se atreve a jactarse de sí mismo y hacerse un ejemplo para todos. Otros predicadores bien podrían decir: “¡Él quiere exaltarse y ponerse sobre todos!” Nuestros espíritus sabios dirían: “¿Piensas que solo tú tienes al Espíritu Santo? ¿O que otros no quisieran tener honor tanto como tú?”, etc. Asimismo María y Aarón se quejaron contra su propio hermano,

Moisés: “¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?”, etc. (Números 12:2). Así también parece ser demasiado cuando hace solo él el modelo, como si la gente no debería fijar los ojos en nadie excepto los que viven como él, aunque los otros que no lo siguen tienen una reputación aún más grande por su espíritu, santidad, humildad, etc.

4. Sin embargo, no habla solo de su propia persona, sino dice: “el ejemplo que tenéis en nosotros”, etc. Con estas palabras no está excluyendo a los otros apóstoles y maestros genuinos. Más bien, quiere exhortarles, como lo hace en todas partes, a permanecer con la enseñanza única (que primero recibieron de él). No deben ser demasiado sabios, ni imaginar que son maestros, sino deben cuidarse de los que quisieran venir y fingir que tengan algo mejor, como había sucedido con otros, y muchos fueron engañados por ellos.

5. Sin embargo, antes ha dicho lo que es el modelo en que deben seguirle, cuando dijo antes en Filipenses 3:3-6: “Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne, aunque yo tengo también” dice, “de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos;”, el honor más alto que un judío puede tener, él también lo puede tener. “En cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que se basa en la Ley, irrepachable.”

Luego sigue en los versículos 7,8,9: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe”.

6. “Miren, esta es la imagen”, quiere decir, “de que les hablamos y que les exhortamos a seguir, para que puedan contemplar cómo adquirir esta justicia y persistir en ella, que no se llama una justicia de la ley”. Se atreve a hablar de lo que no considera otra cosa sino suciedad y excremento (lo que sale del cuerpo humano), aunque sea tan hermoso e intachable como se puede encontrar en la tierra, como lo fue en los judíos honorables y en Pablo antes de su conversión. Debido a su gran santidad, no consideraban a los cristianos otra cosa sino malhechores y gente maldita, y así atrevidamente ayudaban a perseguir y asesinarlos.

7. “Sin embargo, yo”, dice, “que nací judío, he considerado todo como pérdida, para que sea hallado en la justicia que Dios imputa a la fe por causa de Cristo”. Solo esta justicia nos enseña a conocer y asirse de Dios correctamente, es decir, a tomar consolación segura en su gracia y también anticipar otra vida en el futuro. De esta manera, uno puede esperar encontrarse con Cristo en la resurrección de los muertos; a saber, puede esperar no huir ni estar aterrado de él en la muerte y el día del juicio, sino alegremente

salir para encontrarlo y saludarlo como aquel a quien estaba esperando con gran deseo y anhelo.

Esta clase de intrepidez no se puede producir con la justicia de la ley. Con esta, no me beneficiaba ante Dios, sino solo me hacía daño. Sin embargo, es beneficioso cuando Dios imputa la justicia a nosotros por causa de Cristo por medio de la fe, porque esto lo proclama a nosotros en su palabra, diciendo: “Todo el que cree en mi Hijo tendrá mi gracia y la vida eterna por causa de él”. Todo el que tiene este conocimiento es así preparado para no temer ni huir del Día final, sino esperarlo y anticiparlo sin ningún susto.

8. Mira aquí, ¿no es una forma burda y despectiva de hablar de la justicia de la ley, cuando la consideramos y enseñamos a otros a considerarla como algo que solo impide y no vale para nada, sino hasta hace daño y se debe considerar algo repugnante y una abominación? ¿Quién se atrevería a abrirse la boca tan ampliamente y hablar de esta forma de tal vida intachable según la ley? ¿Todos llamarían a tal persona un apóstol y siervo del diablo mismo, si Pablo mismo no hubiera hecho esto! ¿O quién se quedará con esta justicia, si deben predicar de ella de esta forma?

9. Sin embargo, dijo esto solo de la justicia secular o pagana conforme a la razón, que viene por el gobierno, las leyes y la justicia regulares. Ahora, abierta y claramente menciona la justicia por la ley de Dios y por los Diez Mandamientos, que es mucho más alta que la justicia secular, que solo trata de esta vida, y enseña cómo debemos vivir ante Dios. Ningún pagano, gobierno judicial ni secular sabe nada de esto. ¿No debemos condenar como un hereje a este predicador que se entromete con la ley de Dios y se atreve a criticarla, y luego nos amonesta y advierte a guardarnos contra los que vivan de acuerdo con ella, es decir, que se jactan de esta justicia? “Alaba” y “ensalza” estos santos llamándolos “enemigos de la cruz de Cristo” y “su dios es su vientre” y lo sirven en lugar de a Dios, etc.

10. “Sí”, dice de sí mismo, “Yo, también, aun en mi más excelsa justicia según la ley, fui tal enemigo y perseguidor de la congregación o la iglesia de Cristo. El mejor fruto de esa justicia fue que pensaba que tenía que ayudar a perseguir a Cristo y sus cristianos en forma muy horrible, y así con mi santidad fui un verdadero enemigo de Dios y un asesino de Cristo”. Porque esto se produce naturalmente por esta clase de justicia propia, como testifican todas las historias de la Escritura desde el comienzo, desde el primer Caín en adelante, y como todavía es evidente en la mejor gente en el mundo que no ha llegado al conocimiento de Cristo. Todos los príncipes y gobiernos, entre más sabios, piadosos y honorables sean, son enemigos peores, más amargos y severos del evangelio.

11. No habla aquí del asno burdo papal en Roma, los cardenales, obispos, sacerdotes, etc. Actúan tan burdamente que aun el gobierno y el honor secular tienen que hablar de ello. No son más que sinvergüenzas desesperados con sus vidas públicas desvergonzadas de infamia, avaricia, arrogancia, falta de castidad, vanidad, robo y toda clase de maldad. No solo viven así, sino también tratan vergonzosamente a defenderlo,

de modo que tenemos que considerarlos no solo enemigos de Cristo sino también como enemigos de todo honor y virtud. Toda la gente honorable con razón es hostil a ellos. Pero, como se dijo, San Pablo no habla de ellos, sino de otra gente muy grande que son los más justos y llevan vidas sumamente excelentes. Cuando encuentran a los cristianos, se hacen tan malévolos y malvados que pueden olvidar todas las deudas que tienen con Dios y hacen nuestras astillas en vigas inmensas. En resumen, tienen que llamar el evangelio “herejía” y “la enseñanza del diablo”, para que se pueda ver y alabar su santidad y celo por Dios.

12. Nadie creería esto; yo mismo nunca lo habría creído, ni habría entendido estas palabras de San Pablo, si no lo habría visto y percibido con mis propios ojos. ¿Cómo podría alguien imaginarlo (si San Pablo otra vez dijera esto) que las personas mejores, más nobles, justas, honorables y santas (de quienes esperaríamos sobre todos los demás que aceptarían la palabra de Dios), que estos, digo, sean hostiles a esta enseñanza? Sin embargo, los ejemplos a la mano enseñan que estos “enemigos” deben ser los que se llaman príncipes y nobles justos y dignos de alabanza; burgueses honorables; gente docta, sabia, inteligente. Sin embargo, si podrían devorar de un bocado a los “evangélicos” (como ahora se llaman) junto con el evangelio, lo harían con gusto.

13. Preguntas: “¿De dónde viene esto?” Viene de ser inherente naturalmente en la justicia humana. No hay nadie que no sabe de Cristo y sin embargo tiene esta justicia, que no piensa que es válida ante Dios. Tiene que depender de ella; se lisonjea y centellea con ella ante Dios y piensa que es muy agradable para él. Este orgullo y arrogancia ante Dios lo lleva a despreciar a otros que no tienen esta justicia, como los muestra el fariseo (Lucas 10 [18:9-12]); y aún más a manifestar hostilidad e ira amarga contra la predicación que se atreve a atacar esta justicia y decir que ante Dios no merece la gracia de Dios y la vida eterna.

14. Yo, también, fui tal persona, y otros que querían ser santos y justos en el papado también tienen que confesar esto. Si hace treinta años, cuando era un monje justo y santo, celebraba misa todos los días, y no conocía nada más sino que estaba en el camino recto directamente al cielo, si entonces alguien me habría predicado este texto y dicho que toda esa santidad (que no fue para nada conforme a los mandamientos de Dios, sino fue una enseñanza humana e idolatría abierta) no fue nada, que era un enemigo de la cruz de Cristo y servía a mi propio vientre, inmediatamente al menos habría ayudado a recoger piedras y madera para apedrear a tal Esteban para que muriera, o aun para quemar este peor de los herejes.

15. La naturaleza y el mundo siempre actúan así, y no pueden actuar de otra manera, cuando esta predicación viene del cielo y dice: “Eres un hombre santo, un abogado muy docto y justo, un gobernante serio, un príncipe digno de alabanza, un burgués honorable, etc. Sin embargo, con todo tu gobierno y vida distinguida vas al infierno. Todo lo que haces apesta y es condenable ante Dios. Debes llegar a ser un hombre completamente diferente y tener otra mente y corazón, si quieres ser salvo”. ¡Luego sube el fuego, y el Rin está encendido! ¡Es sencillamente intolerable que tal forma de

vida tan hermosa, loable se deba reprender y condenar públicamente por la predicación de algunas personas despreciadas insignificantes, de modo que esta vida se llame una “pérdida” y, como dice San Pablo, “suciedad” o “basura”, y nada sino un impedimento para la vida eterna!

16. Aquí dices: “¿Qué? ¿Entonces prohíbes las buenas obras? ¿No es recto vivir en una forma muy honorable y virtuosa? ¿No tienes que reconocer que debemos tener la justicia y el gobierno secular y mantenerlos, para que la gente viva en forma casta, pacífica y honorable? Sí, ¿No tienes que reconocer que Dios mismo los manda, quiere que se guarden, y castiga a los que hacen lo contrario? Aún más, quiere que la gente guarde su propia ley y los Diez Mandamientos y no los menosprecie. ¿Por qué, entonces, te atreves a decir que esta justicia es dañina y un impedimento para la vida eterna? ¿Cómo tiene sentido cuando enseñamos que estas cosas se deben hacer, y luego también reprendemos estas cosas como condenables ante Dios? ¿Cómo se puede llamar algo bueno y precioso, y sin embargo al mismo tiempo “una pérdida” y suciedad?”

17. Respuesta: San Pablo ciertamente sabe que el mundo se rebela contra esto y lo objeta. Pero si alguien lo desea, hable con él de por qué dice esto tan clara y abiertamente. No son nuestras palabras, sino las de Dios. Es cierto, y San Pablo mismo confiesa que debe y tiene que ser así en la tierra, a saber, que Dios quiere que todos vivan honorable y obedientemente. Sí, ha ordenado que también se observen entre los turcos y paganos. Sin embargo, es cierto que, aun cuando esta gente está en lo mejor y viva en forma más justa y honorable, naturalmente y desde sus corazones son enemigos de Cristo. Sus mentes y pensamientos tienen la meta de desarraigar al pueblo de Dios.

Aquí todo el mundo tiene que decir: “El turco, con todo su gobierno, obediencia y vida estricta, pertenece al diablo, aunque observen esto conforme a su Corán y vivan más estrictamente que nosotros los cristianos”. Esto significa condenarlos con toda su justicia, y al mismo tiempo decir que hacen lo correcto cuando castigan a los ladrones, asesinos, hurtadores, borrachos, etc. Sí, hasta los cristianos que viven entre los turcos están obligados a pagar impuestos y servirlos con sus cuerpos y propiedad. Asimismo, tenemos que decir acerca de nuestros príncipes, que persiguen el evangelio y son enemigos abiertos de Cristo, que debemos ser obedientes a ellos, pagar el impuesto que debemos, y servirlos. Sin embargo, debemos considerar estos príncipes, junto con todos los que se adhieren a ellos y les obedecen (cuando también aprueban la persecución del evangelio) como condenados ante Dios.

18. San Pablo también habla así de la justicia de todos los judíos y los santos piadosos que no son cristianos. Abre su boca bastante ampliamente, pronuncia un veredicto duro sobre ellos, los acusa y con lágrimas en sus ojos lamenta que conducen y señalan a la gente a la justicia de la ley, y sin embargo no les hacen otra cosa sino “enemigos de la cruz de Cristo”.

19. Asimismo, también revela que “El fin de ellos será la perdición”. Son, dice, gente condenada, aunque han enseñado y promovido esta justicia hasta el extremo durante toda su vida.

En la tierra es muy valioso, una joya muy preciosa, ser llamado un príncipe, gobernante justo y honorable, o un burgués con gran alabanza y honor; asimismo una mujer o doncella justa, casta. ¿Quién no alabaría y glorificaría esto? Sin embargo, aun en el mundo es una joya rara. “Bien”, dice, “no importa cuán hermosa, valiosa y digna de alabanza sea, finalmente es condenada y no tiene lugar en el cielo”.

20. Sí, lo hace todavía más ofensivo y dice: “Su dios es el vientre”. Allí escuchas hasta dónde alcanza esta justicia humana, aun en el mejor de los casos; no se llama otra cosa sino servir al vientre. Toma toda la sabiduría, las leyes, la jurisprudencia, las habilidades y las más altas virtudes en la tierra, ¿qué clase de virtudes son? Adoran un dios que se llama “Ventre”. Todas estas cosas no ayudan más de lo que dura esta vida, puesto que desaparecen tan pronto que el vientre está lleno. Cuando termina la vida, el vientre también termina, junto con sus siervos. En resumen, todo muere y perece al mismo tiempo: la justicia, las virtudes, las leyes, y su dios, “Ventre”, a quien servían. No saben nada del Dios verdadero, eterno, cómo debemos servirlo y llegar a la vida eterna. Después de todo, tal vida no es nada sino idolatría, una vida idólatra, que no desea más que la preservación, paz y honor de este vientre mortal.

21. En cuarto lugar, dice “su gloria es aquello que debería avergonzarlos”. Este es el fin de ello. Cuando los sabios filósofos, los paganos piadosos y los abogados astutos son alabados hasta el límite y altamente honrados, todavía es solo vergüenza. Ciertamente citan las palabras *Amore virtutis*, se jactan del gran amor por la virtud y la justicia, y hasta pueden sostener seriamente esa opinión. Sin embargo, cuando vemos los resultados, esta jactancia no es nada y finalmente consiste solo de vergüenza. No pueden progresar más que esto, que sea llamado loable y honorable ante el mundo aquí en la tierra. Sin embargo, no tiene valor ante Dios y no puede alcanzar esa vida, sino finalmente deja al hombre estancado en la vergüenza, de modo que la muerte lo devora y lo arrastra al infierno.

22. Otra vez dirás: “Bien, si esto es el caso, ¿por qué guardaríamos tales leyes? Vivamos con intrepidez como queremos, de modo que nadie sería ya un hombre bueno y honorable o una mujer o doncella virtuosa, honorable”, etc. Respuesta: No, eso no es para nada la intención. Han oído que Dios ha mandado esto y lo desea aun de los turcos y paganos. Pronto después de esto en esta Epístola, San Pablo exhorta a los cristianos a “pensar” de y luchar por “todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza”. Hace a él mismo su modelo, “lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí”, dice, etc.

23. En obediencia a Dios, estos frutos deben seguir en esta vida en la tierra en los que creen en Cristo y ahora tienen su justicia en él. También son buenas obras que agradan a Dios y las cuales él, por amor a su fe, porque fueron hechas en Cristo, también las premiará en la vida venidera. San Pablo, sin embargo, habla aquí de los que, aparte de Cristo y la fe, consideran su vida y obra que hacen por sus propios poderes según la ley de Dios como la justicia que vale ante Dios. No saben nada de Cristo, por amor a quien,

si creemos en él, Dios nos imputa la justicia (sin nuestro mérito). Él se hizo hombre, murió por nuestros pecados y resucitó de la muerte para que en él fuéramos librados del pecado y obtuviéramos y poseyéramos su resurrección y vida. Debemos luchar por y vivir nuestras vidas para esto, como concluye aquí, diciendo: “Nuestra forma de vida” no es terrenal ni dirigida solo hacia esta vida temporal, sino “en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” etc.

Si no sabemos ni tenemos esto, entonces no importa cuán hermosa y honorable sea esa justicia humana, terrenal, porque realmente no es más que un impedimento y una “pérdida”. La carne y sangre no pueden dejar esto en paz, sino tienen que depender de esto, hacerse arrogantes y jactarse: “Todavía somos algo más honorables, justos y mejores que otros. Nosotros los judíos somos el pueblo de Dios y guardamos su ley”, etc. Sí, aun los que son cristianos todavía no están completamente libres de esta suciedad, sino siempre tratan de buscar traer sus propias obras y mérito ante Dios. Yo sé por mí mismo cuánto daño esta sabiduría y opinión impía de la justicia impone al hombre, y cuánto escuerzo cuesta pisotear la cabeza de la serpiente.

24. Ahora, esto es lo que quiere decir, y este tiene que ser el veredicto: o desciende al infierno, o considera tu propia justicia humana una “pérdida” y suciedad y hazlo tu meta no ser hallado en esta ante Dios y su tribunal al final. Más bien, debemos tener por meta ser hallados en la justicia que es de Cristo y que nos abarca en Cristo, para que frente al pecado y la muerte podamos venir en esta ropa a la resurrección y decir: “¡Bienvenido, mi querido Señor y Salvador! ¡Me redimiste del cuerpo miserable del pecado y la muerte! ¡Me has hecho similar y hasta igual a tu glorioso cuerpo santo, puro y luminoso!”, etc.

25. Sin embargo, cuando andamos con la fe en su justicia, él también tiene paciencia con la pobre, débil justicia de esta vida en la tierra, que aparte de eso es suciedad ante él. A veces hasta hace a esta justicia el honor de apoyar y mantenerla durante el tiempo en que estamos aquí. Asimismo, honramos y decoramos nuestra bolsa de gusanos y barriga sucia poniendo en ella ropas hermosas y costosas y un collar de oro, y acostándola sobre almohadas y en una cama caliente. Allí se acuesta el hedor y la suciedad cubiertos de carne y piel, recibiendo el honor más alto en la tierra. Por amor a él debemos hacer todo: arreglar, gobernar, edificar, trabajar; Dios mismo provee el sol y la luna para darle luz y para calentarlo y hace que todo en la tierra crezca y lo sirva. ¿Qué más es el cuerpo humano sino un ostensorio en que se sienta el santo sucio y apestoso (el vientre), a quien debe llevar y soportar diariamente, hasta llenarlo y nutrirlo? Además, se tiene que adornar y limpiar, y debemos estar contentos si solo ensucia a sí mismo.

26. Dios también hace lo mismo cuando quiere dar vida eterna a la gente. Tolera y soporta pacientemente la santidad sucia de esta vida, en que debemos vivir hasta el Día final. Lo hace por amor a sus elegidos hasta que el número de los elegidos sea completo. Mientras no ha llegado el día, no todos los que pertenecen al cielo han nacido todavía. Sin embargo, cuando se termina el tiempo y el número se completa,

repentinamente pondrá fin a todo: el gobierno secular, los abogados, las autoridades y los oficios, en resumen, no se quedará nada de esta justicia terrenal. Más bien, destruirá todo con el vientre, y con ello el vientre. Todo ha sido condenado y sentenciado a la ruina. Por amor a los cristianos que han sido designados para la vida eterna, tiene que seguir, hasta que todos entren y el último santo haya nacido. Aunque todos se hubieran nacido excepto uno, luego por ese individuo el mundo todavía debe quedar y ser sostenido. Dios no estima ni necesita nada del mundo entero, excepto por amor a sus cristianos.

27. Por tanto, cuando Dios nos manda a ser obedientes al emperador y a vivir justa y honorablemente en la tierra, su intención no es que nos quedemos con ello. Más bien, alimentará y tiene que alimentar, vestir, adornar y honrar el pobre vientre, o, como dice aquí, este cuerpo miserable mortal, con poder, dominio, etc. Sin embargo, dice que es suciedad que Dios no necesita para su reino, que inclusive es condenado ante él con todo su honor y gloria. El mundo entero tiene que bajar sus ojos ante él y reconocer que es culpable delante de él. San Pablo inclusive dice (Romanos 3:27; 4:2) de los padres muy grandes y santos, Abraham y otros, que aunque tenían una reputación por la justicia de las obras ante el mundo, sin embargo eso no les daba ninguna reputación ante Dios, etc. La reputación ante el mundo de los que se llaman gente, señores, príncipes, mujeres y hombres loables, piadosos, honorables, castos, y que tratan de jactarse de tal justicia, cuentan por aun menos ante él.

28. Externamente, ciertamente puedes estar adornado en forma hermosa ante el mundo, pero internamente y ante Dios todavía no eres más que suciedad apestosa. Por ejemplo, se nos habla de una monja que se consideraba santa por encima de todas las demás; no quiso asociarse con las demás, sino se sentaba sola en su celda con gran devoción, oraba sin cesar, se jactaba de revelaciones y visiones especiales. No conocía nada, sino que los queridos ángeles estaban alrededor de ella y ponían sobre ella una corona de oro. Sin embargo, las que estaban afuera, pero querían ver esto, miraban por los agujeros y las rayas y veían un estiércol de vaca sobre su cabeza, de modo que se reían de ella.

29. San Pablo llama su justicia según la ley “estiércol y basura” porque quiere derrumbar su reputación y jactancia ante Dios, aunque ciertamente la honra ante el mundo y la llama “justicia”. Pero si tratas de jactarte de esto delante de él, pronuncia el veredicto y te considera en su tribunal como una abominación y un enemigo de la cruz de Cristo; convierte tu honor en vergüenza y finalmente te echa en la eterna condenación. Sin embargo, esto es lo que dice acerca de la justicia de la fe que en Cristo vale ante Dios:

“Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” (Filipenses 3:20–21)

30. “Nosotros”, dice, “que hemos sido bautizados en Cristo y creemos no basamos nuestra forma de vivir y nuestra consolación en la justicia de la vida temporal o secular

en la tierra. Más bien, tenemos una justicia que por la fe se apega a Cristo en el cielo y se queda solo en él” (de otro modo no sería nada ante Dios). Solo luchamos por estar en Cristo para siempre, que por su venida en la vida venidera pone fin también a esta vida terrenal y hace este cuerpo otro, que será completamente nuevo, puro, santo y similar a la vida y cuerpo de Cristo.

31. Por tanto, ya no se nos llama ciudadanos de la tierra, sino todo el que es un cristiano bautizado por ese bautismo nace como un ciudadano del cielo. Por tanto, debemos actuar y caminar como los que pertenecen allí y están en casa allí, consolándose ahora que Dios así nos acepta y nos transferirá allí. Mientras tanto, esperamos al Salvador que traerá desde el cielo la justicia, vida, honor y gloria eterna para nosotros.

32. Nos bautizamos y nos hicimos cristianos no para que tuviéramos gran honor, una reputación de justicia, ni dominio, poder y propiedad en la tierra. Aunque tengamos estas cosas para la vida de esta barriga, sin embargo, debemos considerarlas solo suciedad con que adornamos la barriga sucia lo mejor que podamos para los que todavía deben nacer de nosotros o después que nosotros. Sin embargo, para nosotros solo debemos esperar y anhelar el tiempo cuando el Salvador vendrá. Debe venir y vendrá, no para nuestra pérdida o nuestra vergüenza (como los otros), sino por amor de nuestro cuerpo sin valor o miserable, que en esta vida es un cuerpo pobre, miserable, pero aún más cuando está muerto en la tierra y se descompone.

33. Sin embargo, sin importar cuán miserable y vergonzoso sea tanto en la vida y la muerte, por su venida lo hará tanto más hermoso, puro, iluminado, claro y lleno de honor que será semejante a su propio cuerpo glorioso e inmortal, no como él se colgaba de la cruz y fue acostado en el sepulcro, sangriento y pálido como la muerte, en vergüenza y deshonra, sino como ahora es glorificado a la diestra del Padre. Así no debemos estar asustados porque tenemos que dejar este cuerpo, dejar que sea robado de su honor y justicia, y ser arruinado y devorado por la muerte y el sepulcro. (¡Qué los enemigos de Cristo sean alarmados y asustados por esto!). Más bien, esperamos y anhelamos alegremente que él venga pronto y nos libre de esta pobre apestosa suciedad.

“por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” (Filipenses 3:21).

34. ¡Mira qué clase de honor y gloria se trae aun a nuestros cuerpos por esta justicia de Cristo! ¿Cómo sucede que este cuerpo pobre, pecaminoso, miserable, sucio, arruinado llegue a ser semejante al cuerpo del Hijo de Dios, el Señor majestuoso? ¿Quién eres, qué poder y habilidad tienes tú y toda la gente, que esto te debe suceder? “Bien”, dice San Pablo, “la justicia, mérito, gloria y poder humano no agregan absolutamente nada aquí”. Más bien, todo eso no queda más que suciedad, vergüenza, algo condenado. Sin embargo, aquí hay otro poder y operación, a saber, el poder del Señor (Cristo), que puede sujetar todas las cosas a él mismo. Si puede hacer que todo le obedezca a él, tanto como quiere, entonces también puede glorificar la suciedad y el hedor, y hasta las cresas, los gusanos y el polvo de este miserable cuerpo. En sus manos es como barro en

las manos del alfarero, de modo que de este terrón apestoso de tierra puede hacer una jarra o cuerpo hermoso, luminoso, nuevo, puro, más brillante y hermoso que el sol.

35. Por el bautismo nos ha tomado en sus manos precisamente con este fin: Producirá y nos dará, en lugar de esta vida pecaminosa, condenada, mortal, una nueva justicia y vida imperecedera en cuerpo y alma. Este es el poder y la operación que nos trae y exalta a tanta gloria que ninguna justicia terrenal de la ley podría dar. Más bien, esta justicia terrenal dejaría a la gente con esta vida en vergüenza y ruina, y no puede hacer más, mientras vive y continúa el vientre. Sin embargo, esta justicia de Cristo emplea tal poder para que veamos que no tenemos la barriga, sino el Dios verdadero y viviente, que no nos deja en la vergüenza y la muerte sino libra del pecado, la muerte y la condenación y también pondrá este cuerpo mortal en honor y gloria eterna.